

Henry Perowne y su realismo clínico
Variaciones sobre medicina y literatura en *Sábado*, de Ian McEwan

Aixa Zlatar
Universidad Nacional de La Plata

Resumen

La tendencia a ver las cosas desde el punto de vista de la propia profesión, en lugar de tener una perspectiva más amplia, implica que la formación profesional a menudo resulte en una distorsión en la forma en que se percibe el mundo. En el caso de los médicos, estos tienen la función de “producir la verdad” acerca de la enfermedad y la salud, de modo que detentan un poder omnímodo. En *Sábado*, de Ian McEwan, vemos cómo la formación profesional puede tener una enorme influencia en la personalidad y cómo se puede hacer uso y abuso del poder que confiere ser médico. El Dr. Henry Perowne, protagonista de la novela, es incapaz de dejar el guardapolvo colgado cuando está fuera del hospital, lo que implica que su visión del mundo y sus relaciones interpersonales estén teñidas por una mirada médica que le impide interpretar a las situaciones y las personas que lo rodean desde un punto de vista más global y humano. Esta incapacidad para apartarse de su “realismo clínico” es también lo que entorpece su acercamiento a la literatura: estar siempre aferrado al mundo fáctico representa un obstáculo para apreciar y disfrutar de la ficción y la poesía.

Palabras clave

Sábado - realismo clínico - medicina - mundo fáctico - deformación profesional

*Doctors don't know everything really.
They understand matter, not spirit.
And you and I live in spirit.*
—William Saroyan

PRELUDIO: ALGUNAS IDEAS SOBRE LA PRÁCTICA MÉDICA

En la actualidad vivimos en un régimen que Foucault dio en llamar somatocracia, en el que una de las finalidades de la intervención estatal es el cuidado del cuerpo y la prevención de enfermedades (1996: 70). La medicina ha rebasado su campo tradicional definido por la demanda del enfermo, su sufrimiento, sus síntomas, su malestar, los que promovían la intervención médica y circunscribían su campo de actividad. Ahora la medicina se impone al individuo, enfermo o no, como acto de autoridad. Al convertirse la salud en un objeto de intervención médica, la medicina adquiere un poder autoritario con funciones normalizadoras que van más allá de la existencia de las enfermedades y de la demanda del enfermo.

El médico tiene la función de “producir la verdad” acerca de la enfermedad y la salud, de modo que detenta un poder omnímodo. El poder médico encuentra sus garantías y sus justificaciones en los privilegios del conocimiento (Foucault 1996: 53). Es quien posee saberes que nosotros mismos desconocemos acerca de nuestro propio cuerpo, quien fija los límites entre la salud y la enfermedad, entre la normalidad y la anormalidad, y en definitiva, entre la vida y la muerte.

Además, cuando la medicina terminó por convertirse en una ciencia y comenzó a servirse de los recursos técnicos de otros campos, “dejó en la oscuridad, por una parte, a la vieja sabiduría del médico que se enfrentaba casi solo a los enigmas del dolor y de la muerte y

suscitó, por otra, una exagerada confianza en la técnica que, en muchos casos, se convirtió en tecnolatría, cuando no en simple soberbia” (Montiel Llorente 1999: 22).

Por último, en cualquier oficio o profesión existe el riesgo de que quien lo ejerce adolezca de deformación profesional, que es como se llama comúnmente a la influencia de los hábitos y criterios propios del trabajo trasladados a ámbitos que no son los del trabajo y, en el peor de los casos, a la vida entera. La tendencia a ver las cosas desde el punto de vista de la propia profesión, en lugar de tener una perspectiva más amplia, implica que la formación profesional a menudo resulte en una distorsión en la forma en que se percibe el mundo, es decir, en una mirada sesgada.

Estas ideas apenas esbozadas nos servirán para comprender mejor las características de la personalidad, la visión del mundo y los devenires de Henry Perowne, el médico protagonista de la novela *Sábado*, de Ian McEwan.

APUNTES SOBRE HENRY PEROWNE

Henry Perowne es uno de aquellos hombres que ha hecho las cosas bien: exitoso y respetado neurocirujano, felizmente casado, padre orgulloso de dos hijos, lleva una vida apacible y confortable, cuyo centro está ocupado por el trabajo y la familia. Con cierta tendencia al optimismo y a experimentar sentimientos de culpa por su vida acomodada, la única religión que profesa es la confianza en el progreso científico. Considera que la fe religiosa adolece de un problema de referencia: un excesivo énfasis en lo subjetivo, en ordenar el mundo de acuerdo a las necesidades personales y la incapacidad de contemplar la propia insignificancia.

El paraíso personal de Perowne se encuentra en su trabajo y en las relaciones humanas de su microcosmos. Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el mundo se ha convertido en un lugar amenazante y él encuentra refugio en esos instantes de intimidad que puede disfrutar en su pequeña Arcadia familiar y laboral: tener sexo con su amada esposa, disfrutar de la música de su hijo, mirar las pruebas de imprenta del primer libro de su hija con admiración y, especialmente, entrar al quirófano y sentirse amo y señor.

Aunque caracterizar a Henry Perowne como un personaje insensible no le haría justicia, sí está recubierto por una membrana protectora que le impide sentir empatía. Cree que una vez que alguien se permite ese sentimiento, este multiplica sus exigencias, a un punto tal que es característico de la condición moderna la expansión del círculo de la empatía, que abarca desde pueblos lejanos hasta ratas de laboratorio. Perowne es un hombre pragmático cuya fe reside en los hechos comprobables, lo que lo aparta no solo de la religión, sino también de la ficción y la poesía. Carece de sensibilidad literaria, a pesar de que hace un esfuerzo consciente por tratar de acercarse a la literatura e intentar disfrutarla. La influencia que ha tenido en su personalidad su formación profesional le impide, por un lado, encontrarle una utilidad a la literatura más allá de la evasión y el mero entretenimiento pasivo y conmovearse con historias inventadas o expresiones líricas; por otro lado, hace que le parezca inviable que la literatura pueda aportar alguna respuesta.

Por otra parte, su formación y la práctica profesional han moldeado también su modo de proceder en las relaciones interpersonales, lo que en la novela se aprecia claramente en sus intercambios con Baxter, al hacer uso y abuso del poder que le confiere ser médico. La experiencia clínica puede resultar abrasiva y lograr, con el tiempo, eliminar la sensibilidad en el trato con las personas.

LA LITERATURA SEGÚN HENRY PEROWNE

Con un suegro y una hija poetas, Perowne siente curiosidad por entender qué significa eso del genio literario. Siente no haberlo experimentado nunca, a pesar de haberlo intentado una y otra vez, y hasta duda de su existencia. Una de las dificultades que encuentra para acercarse a la literatura es que no le agrada dedicar el escaso tiempo libre que tiene a actividades que

requieran pasividad; es demasiado impaciente para eso. Sobre todo, no le interesa convertirse en espectador de las vidas de otras personas, menos si estas son imaginarias. Menos aún le interesa que alguien reinvente el mundo para él: en una época cargada de sucesos extraños, le gustaría más bien que le explicaran el mundo y se pregunta cuál es el sentido de imaginar cosas en esa coyuntura.

Le asombra que otras personas puedan involucrarse tanto con la ficción y duda acerca de si él carece de seriedad por no poder hacerlo. Con mucho esfuerzo, siguiendo las indicaciones de su hija, logró terminar *Anna Karenina* y *Madame Bovary*. No consiguió conmoverse con estas obras realistas ni detectar en ellas el genio literario. Llegó a la conclusión de que la escritura de esas obras había sido fruto de la paciencia, la dedicación y la capacidad de trabajo, pero no del genio. Sí reconoció en ellas la virtud de representar una realidad física reconocible, virtud de la que carece el realismo mágico, corriente inexplicable para Perowne. No logra comprender cómo es posible que autores respetados del siglo XX decidan otorgar a sus personajes poderes sobrenaturales en obras escritas para adultos.

Un hombre como Perowne, que se dedica a reparar cerebros para corregir mentes defectuosas, se siente obligado a respetar el mundo material y sus límites. Uno de los preceptos de su fe fáctica es que la mente es un producto de las acciones del cerebro, compuesto de pura materia. Para él, el desafío debería ser la realidad misma, no lo mágico. Considera que lo sobrenatural es un recurso usado por la falta de imaginación, una evasión infantil de las dificultades que presenta la realidad.

Las listas de lectura que le provee su hija hicieron que se convenciera de que la ficción está llena de defectos humanos. Para Perowne, el genio, que solo llega a apreciar en la música, está en las obras que uno no sería capaz siquiera de imaginar, casi inhumanas por su nivel de perfección. Además, la idea de que las personas no pueden vivir sin historias le parece una falacia, y él se considera una prueba viviente de ello.

A un “productor de verdad” como Perowne le está vedado el ingreso en mundos imaginarios, le es imposible apartarse de lo fáctico, porque para él no hay otra verdad que la realidad. Lo que se aparta de la realidad fáctica es pura evasión, y dedicarle tiempo a los productos de la imaginación es para él una actividad pueril. Si la medicina moderna perdió conexión con la dimensión humana, reduciendo primero a los hombres a cuerpos, luego los cuerpos a órganos hasta llegar a una mirada microscópica perdiendo la visión holística, es comprensible (aunque no generalizable) que la formación científica y la práctica profesional con altos niveles de tecnología y especificidad terminen por anular la capacidad de conmoverse con una manifestación artística como la literatura de ficción. En otras palabras, la excesiva concentración en la materia hace perder de vista al espíritu, y al perder de vista al espíritu la ficción se vuelve ininteligible.

Si un género bastante asequible como la novela le resulta fútil, veamos qué piensa Perowne de la poesía. En su vida adulta, no leyó poesía incluso después de convertirse en el yerno de un afamado poeta. Comenzó a hacerlo cuando su hija se inclinó por la poesía, pero le representó un esfuerzo descomunal. La poesía repara en el instante y requiere que el lector se detenga y se aisle completamente. Pero Perowne admite carecer de todo lirismo: le es imposible escaparse de su carácter eminentemente realista.

Al pensar en su suegro poeta, no logra comprender cómo la poesía, que parece un trabajo ocasional, puede ocupar toda la vida laboral de una persona, ni cómo se puede llegar a edificar tan alta reputación y autoestima sobre una base tan frágil y, menos aún, por qué uno debería pensar que un poeta ebrio es diferente de cualquier otro borracho. Ve a la poesía como un entretenimiento liviano y pasajero, no le encuentra nada de trascendente o sublime y en su mundo no cabe considerar al poeta como un ser excepcional o como alguien que hace un aporte especial.

UN FALSO SENTIMIENTO DE SUPERIORIDAD

En la manera en que Perowne trata de resolver el incidente que tiene con Baxter, vemos cómo se aprovecha de la posición privilegiada que le otorga ser médico. Consciente de que cualquier persona —independientemente de su rango social, del poder que detente o la educación que haya recibido— siempre estará en una posición de inferioridad con respecto al médico porque se establece una relación asimétrica entre el “poseedor de la verdad” y el pa(de)ciente, decide tomar las riendas de la situación en un acto de manipulación cuestionable desde el punto de vista ético y moral. Tomar ventaja de la enfermedad del otro en el afán de salir airoso de una situación complicada en la que tiene todas las de perder es una clara demostración de soberbia por parte de Perowne, pero también un gran error de cálculo, porque no se representa las consecuencias que tendrá su actitud.

Perowne abusa de su poder médico al desviar la atención del incidente callejero a la enfermedad que padece Baxter, quien ha chocado su auto. Pone el dedo en la llaga de forma consciente, actúa como una suerte de hechicero que traslada al potencial agresor a otro plano de la realidad al sacar a relucir el secreto que lo avergüenza y lo atemoriza.

La enfermedad de Huntington es una enfermedad degenerativa congénita y hereditaria que no tiene cura. El que la padece muy probablemente haya presenciado el progresivo deterioro de alguno de sus progenitores, lo que hace más angustiante la propia condición y la proyección a futuro, porque ya fue espectador del sufrimiento de otro. De modo tal que Perowne especula con el miedo, con la incertidumbre, con la avidez por la información, con la esperanza de que haya alguna novedad científica para paliar la enfermedad y hasta con la necesidad de hablar que puede tener un enfermo que oculta su condición. Perowne no siente pena por Baxter: la capacidad de sentir empatía es algo que le ha quitado el ejercicio de la profesión. Sin embargo, a pesar de la agudeza que le permite rebuscárselas para salir airoso de una situación complicada, esa incapacidad de ponerse en el lugar del otro impide que repare en el nivel de humillación al que somete a Baxter, quien termina sintiéndose expuesto y desesperanzado.

Perowne apenas siente cierta incomodidad y algo de culpa después del incidente. Sabe que su accionar no fue digno de un profesional, al usar su conocimiento médico para desmoralizar a un hombre con una enfermedad neurodegenerativa. No obstante, no está completamente seguro de si el peligro que enfrentaba justifica su proceder. Termina convenciéndose de que solo un tonto no aprovecharía la oportunidad de escaparse de una fuerte golpiza. En cierto sentido, cree que fue forzado por la situación a abusar de su poder, pero en el fondo sabe que él solo se puso en esa situación. Quizás si hubiera disimulado un poco su sentimiento de superioridad, si hubiera sido menos pomposo en sus modales, si no hubiera estado a la defensiva desde el inicio, las cosas no habrían llegado tan lejos.

El hecho de que Perowne tenga interés en volver a ver a Baxter en su consultorio para darle consejos médicos y contactos que puedan servirle y que, al mismo tiempo, esté deseando no encontrárselo nuevamente en la calle muestra su capacidad para separar al paciente de la persona, como si tal escisión fuera posible de hecho.

MIRAR A LA MADRE CON EL OJO CLÍNICO

La madre de Henry Perowne padece un estado avanzado de enfermedad de Alzheimer, por lo que está internada en un geriátrico. La visita que le hace es otro ejemplo de cómo la formación profesional interfiere en ámbitos ajenos al mundo laboral. La relación entre Perowne y su madre está teñida por el barniz del ojo clínico, de modo tal que la interacción entre madre e hijo se asemeja por momentos a la que se produce entre médico y paciente.

Por ejemplo, cuando Perowne le da una orquídea que le ha llevado para adornar su cuarto, su madre la rechaza porque dice que no es de ella. Ver que la madre se ha vuelto incapaz de reconocer un gesto cariñoso como llevarle una flor puede ser una situación descorazonadora para muchos hijos. Perowne opta por intelectualizar la reacción de su madre y explicarla en términos médicos: la enfermedad produce pequeños infartos cerebrales que, con el tiempo, resultan en deterioro cognitivo porque se van rompiendo las redes neuronales; en este caso, la

madre ha perdido el concepto de regalo. Este tipo de racionalización puede ser vista como una coraza para mitigar el dolor, pero también podemos pensar que es la forma natural que tiene el personaje para aprehender los hechos de su realidad. Si en la mayoría de nosotros primero está el sentimiento y luego la intelectualización de ese sentimiento para poder sobrellevarlo, en Perowne la intelectualización es lo que surge espontáneamente.

Si bien el narrador nos presenta un costado más humano del personaje, por ejemplo, cuando Perowne se permite imaginarse que la situación de su madre es un error o una pesadilla, rápidamente vuelve a pasar sus reacciones por el tamiz medicalizador. Esto se aprecia claramente cuando Perowne comienza a pensar en su presión arterial, su perfil lipídico y las medidas que debería tomar para evitar el destino de su madre: no se trata del miedo existencial a la muerte, sino del miedo a la pérdida de las facultades mentales, que en su visión del mundo es incluso peor que la muerte misma.

LA LITERATURA GANA LA PARTIDA

Baxter termina irrumpiendo en la casa de Perowne y amenazando a su familia. Cuando el médico logra reponerse del impacto inicial, que lo descoloca de tal manera que ni siquiera se da cuenta del peligro que enfrenta, trata de analizar la situación racionalmente. Y así llega a la conclusión de que Baxter es un caso especial, porque es un hombre consciente de que carece de futuro y, por tanto, no está atado a las consecuencias de sus actos. Dentro de ese marco, incluye todas las características de su condición: la impulsividad, la falta de autocontrol, la paranoia, los cambios de humor, la alternancia entre estados de depresión y de euforia. Todo eso está escrito en su mapa genético, y por momentos Perowne confía en que podrá tomar control de la situación si usa este conocimiento a su favor.

No obstante su visión reduccionista, no logra terminar de convencerse de que son únicamente los genes defectuosos de Baxter los que han llevado a su familia a esta situación límite. Reconoce su cuota de responsabilidad por haberlo humillado y, sobre todo, por haberlo hecho después de haber notado su enfermedad. Cree que Baxter tiene la necesidad de reafirmar su dignidad y solo puede hacerlo en el estadio inicial de su enfermedad, cuando todavía le permite tomar un cuchillo e infundir miedo. Ahora Perowne se da cuenta de que cruzó un límite peligroso al herir a un hombre lábil emocionalmente solo para evitarse una golpiza y llegar a jugar un partido de squash. Abusó de su poder como médico para evitar un conflicto y provocó uno muchísimo más grande. Mientras toma conciencia de lo que ha hecho, intenta idear un plan, pero va saltando de una idea a la otra sin poder reaccionar. Consciente de que comportarse como un temerario no es lo suyo, vuelve a intentar manipular a Baxter mintiéndole acerca de un nuevo tratamiento para su enfermedad. Pero esta vez no consigue el efecto deseado y Baxter, aunque demuestra algo de interés, no olvida el motivo por el cual está allí.

Lo que al fin logra apaciguar a Baxter es un poema, lo que deja perplejo a Perowne, para quien el hecho de que la poesía pueda provocar tal alteración en el humor raya casi en el absurdo. Su conocimiento sobre el estado neurológico de Baxter no le ha servido para hacer predicciones certeras acerca de sus movimientos, sino que es la sensibilidad de los poetas de la familia lo que termina conduciendo a un camino más atinado para controlar la situación. La poesía consigue lo que no pudo conseguir la medicina: con su confianza ciega en la realidad fáctica, Perowne se ha olvidado del espíritu.

Tratar de manipular a una persona que está condenada, que ya no tiene esperanza ni fe en la ciencia es en vano. Manipular a un desahuciado, además de ser una actitud artera, constituye un error táctico cuando la única vía de contención es conmovirlo. No hay milagro posible para Baxter, pero sí cuenta todavía con la capacidad de apreciar y disfrutar de la belleza, de abstraerse de su realidad por un momento y morigerar así su estado de desesperación y disfrutar del poco tiempo de vida consciente que le queda por delante.

No resulta asombroso que Perowne tenga una explicación médica para el cambio de humor de Baxter: no se trata para él de un instante de suspensión de la realidad al apreciar la

poesía, sino de un síntoma típico de las enfermedades mentales degenerativas, que es la pérdida de coherencia y de continuidad en las reacciones del sujeto. Y aquí el contraste con la forma de ver el mundo que tiene su suegro poeta es claro: sin saber nada acerca de su enfermedad, Grammaticus confiesa que, mientras su nieta recitaba el poema por segunda vez, sintió compasión por Baxter.

Darse el lujo de sentir empatía por alguien que irrumpe en una casa y amenaza a toda la familia le parece delirante a Perowne. Incluso se arrepiente de haber asistido a Baxter después de su caída y piensa que podría haberlo dejado morir de hipoxia y aducir que estaba en estado de shock. Aunque esta es solo una idea que se le cruza producto del enojo que siente, nos revela que en cierta medida el médico y el hombre están en conflicto en Perowne: el hombre podría haberse vengado en ese momento, pero el médico actuó cumpliendo su deber sin titubear. Por eso, si bien no es el único motivo que tiene, tampoco se niega a operar a Baxter cuando lo llaman. Es su deber profesional, pero también quisiera expiar un poco su culpa ayudando a quien ha humillado, y únicamente puede hacerlo en su rol de médico, porque sabe que falla como hombre. Sin embargo, también es una forma de recobrar el control —porque en el quirófano es él quien tiene el poder— y de vengarse a su manera: en definitiva, al salvarlo lo está condenando a la tortura de pasar por todas las etapas de su enfermedad. En otras palabras, lo que puede parecer un acto de grandeza y absoluto profesionalismo, puede verse también como un aprovechamiento del poder médico en pos de una venganza personal.

EL HÁBITO HACE AL MONJE

Henry Perowne es incapaz de dejar el guardapolvo colgado cuando está fuera del hospital, lo que implica que su visión del mundo y sus relaciones interpersonales estén teñidas, en general, por una mirada médica que le impide interpretar a las situaciones y las personas que le rodean desde un punto de vista más global y humano. Esta incapacidad para apartarse de su “realismo clínico” es también lo que entorpece su acercamiento a la literatura: estar siempre aferrado al mundo fáctico representa un obstáculo para apreciar y disfrutar de la ficción y la poesía.

Bibliografía

- Díaz, José Pedro (1994). “Medicina y literatura”. *Revista Médica del Uruguay*. 10: 5-12.
Foucault, Michel (1996). *La vida de los hombres infames*. Traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría. La Plata, Altamira.
McEwan, Ian. *Saturday* (2006). Nueva York, Anchor Books.
Montiel Llorente, Luis (1999). “Medicina y literatura”. Conferencia inaugural del XXI Congreso Nacional de la Medicina Rural y Generalista. Madrid, 29 de septiembre al 2 de octubre.